

ENTREVISTA A OLEGARIO GONZÁLEZ DE CARDEDAL

Cristo entre los poetas*

RESUMEN

La presente entrevista, realizada por Pedro Baya Casal, desarrolla el encuentro entre literatura y teología en el pensamiento cristológico de Olegario González de Cardedal en *Cuatro poetas desde la otra ladera*. El teólogo recoge en su propia biografía cómo ha sido su encuentro con la literatura y como ésta le ha sugerido nuevas perspectivas para acercarse al misterio de Cristo. El método de diálogo interdisciplinar se postula como un camino abierto y como un desafío a seguir transitando, en la huella de los hombres que han hecho teología desde la palabra poética y desde los poetas que han buscado su inspiración en la figura y el destino de Cristo.

Palabras clave: Cristo, literatura, encarnación, diálogo.

ABSTRACT

This interview of Pedro Baya Casal concerns on Olegario Gonzalez de Cardedal's christological approaches in *Cuatro Poetas desde la otra Ladera*, where the author provides new aspects related to the dialogue between Theology and Poetry. The theologian recalls how Literature molded his life and how it also became a key to newer insights in Chistology. As a result, the interdisciplinar dialogue is recognized both as a method already in use, and also as a stimulation to follow through, in the lines of

*Se agradece la desinteresada colaboración de la Sra. Maduque Bayá Casal para la redacción definitiva de esta entrevista en formato periodístico. También agradecemos al Dr. Jorge Fernández, por su asistencia en temas filosóficos, y a la Dra. Silvia di Sanza, por la traducción de las frases en alemán.

those who already had theologized from poetry and those poets who became inspired in Christ's visible stature and destiny meaningfully developed.

Key Words: Christ, literature, incarnation, dialogue.

1. Literatura y Teología: compañeras de vida

Pedro Bayá Casal: En su vida, qué fue primero: ¿su encuentro con la poesía o su encuentro con la teología?

Olegario González de Cardedal: La poesía ha sido para mí una compañía personal desde mis propios orígenes. Cuando empecé mi preparación sacerdotal en Ávila, en los años 50, el seminario estaba en un momento cumbre en todos los órdenes de la formación: teológica, espiritual, cultural y pastoral. La anchura de horizontes era tal que iba desde las revistas de debate y exposición filosófica teológica, en varias lenguas europeas, hasta la Revista Argentina de Teología, donde me encontré con toda una serie de autores que me serían familiares para el resto de mi vida. En ese contexto, la lectura de poetas era una evidencia. Más allá del clima político que se vivía en España, nosotros allí leíamos a Unamuno, a Machado, a Hernández, a García Lorca, con absoluta naturalidad.

Es decir, leíamos teología, y leíamos poesía. Por lo tanto yo crezco en esa simultaneidad de concepto riguroso y de palabra verdadera.

PBC: ¿Qué tienen en común un poeta y un teólogo?

OGC: Lo define Heidegger, "*Los poetas y los teólogos viven en colinas cercanas*".¹ Goethe, Rilke, Shakespeare, crean un contacto con la palabra verdadera. A mí personalmente la literatura y la poesía me han hecho llegar a una palabra donde realidad, presencia, horizonte, apelación e inspiración es un todo.

PBC: Usted es conocido por usar las citas y las notas a pie de página como recurso de su prosa.

OGC: Cierto. Cuando me reprochan eso, suelo responder que una cita oportuna en el momento exacto puede crear una vida, una esperanza y una ilusión. En mi caso, diez citas encontradas en momentos constituyentes de mi vida han orientado mi ilusión, han mantenido mi esperanza

y han ayudado al aguante que hay que tener para llevar a cabo los grandes ideales.

PBC: ¿Cuáles han sido sus autores preferidos?

OGC: La gran poesía del Siglo de Oro; ni hablarle de Teresa de Jesús y Juan de la Cruz porque eso es por ósmosis en Ávila; Quevedo, Góngora, Lope. Luego, la poesía española contemporánea, lo que Luis Felipe Vivanco llamó "*los dos grandes poetas retrasados*", los dos grandes poetas universitarios, Unamuno y Machado, que probablemente son retrasados respecto a Rubén Darío, a Juan Ramón Jiménez, a Lorca, al modernismo, pero que, como son universitarios, no sólo tienen ritmo y fórmula sino también pensamiento de fondo. Están mucho más allá de todo y son mucho más progresistas.

PBC: ¿Y sus autores no castellanos?

OGC: Llego a ellos a través de mis viajes por Europa, sobre todo cuando voy a hacer mi doctorado a Alemania durante cuatro años, y luego un viaje a Inglaterra. Cuando uno entra a fondo, y quiere acceder al misterio de la realidad, de Dios y del mundo, cada lengua es un universo. Por eso es tan absolutamente evidente que la poesía es intraducible, porque, como dijo Valéry, la poesía es "sonido y sentido". Cuando se traduce, queda el sentido, pero no queda el sonido. Yo leía los autores extranjeros desde mi enclave y mi voluntad de palabra verdadera allá en España.

PBC: Entonces elige a Jean Paul y Oscar Wilde...

OGC: ...Podría haber escogido a Goethe y a Hölderlin, estuve dudando mucho de escoger a Hölderlin, o podría haber escogido a Keats y a Eliot

PBC: ¿Cómo llegó a un título tan extenso para su libro, *Cuatro poetas desde la otra ladera: Unamuno, Jean Paul, Machado y Oscar Wilde. Prolegómenos para una cristología*?

OGC: Por dos textos de Dámaso Alonso. Uno muy sencillo que se llama *Cuatro poetas españoles*, y otro que se titula *San Juan de la Cruz desde esta ladera*² en el que analiza el nivel técnico, filológico y verbal de construcción.

1. M. HEIDEGGER, *¿Qué es eso de filosofía?*, Tübingen, Neske Pfullingen, 1956. Heidegger toma una cita de Hölderlin en su poema "Patmos".

2. D. ALONSO, *Cuatro poetas españoles (García, Góngora, Maragall, Machado)*, Madrid, Gredos, 1976. D. ALONSO, *San Juan de la Cruz desde esta ladera*, Madrid, Aguilar, 1958.

Los nombres tienen su magia, y en mí, esa magia del niño que lleva la ilusión de agradecer a sus mayores, fue la que me llevó a elegir el título que elegí. Por eso el título de mi libro se construye sumando, en sentido bien distinto, esos dos títulos de Dámaso Alonso, el gran maestro de la filología. Esa es la razón por la cual queda ese título.

PBC: Además de la poesía, ¿se interesó por algún otro género literario? ¿Novela, cuento, algo que le haya impactado?

OGC: Bueno, mire, la poesía es la forma suprema de palabra; pero no es la única. De todas formas, para mí la poesía supera a todo el resto de géneros. Yo leí a Virgilio, Cervantes y a la literatura española contemporánea, como Torrente Ballester. He leído las grandes novelas del siglo XIX, Madame Bovary, Anna Karenina y La Regenta, y luego he leído también mucha literatura contemporánea.

PBC: ¿Qué es lo que lo lleva a leer?

OGC: La educación personal de la vida humana hay que hacerla en muchos registros: la oración es un registro, la lectura es otro registro, la convivencia es otro registro, el caminar por la montaña es otro registro; y todos esos ámbitos le van abriendo a uno a la realidad.

Leo por una razón íntima: si uno escribe, tiene que leer, y mucho. Permanentemente. Porque si uno no crea espacios de lectura, de oración, de sosiego, de reposo, de cambio mental, el libro siguiente termina siendo el mismo que el anterior. Entonces ¿qué hay que hacer? Cambiar de horizonte. Y cambiar de mundo. Y en ese sentido la poesía es el universo más enriquecedor, porque allí, si el poeta verdaderamente lo es, cada palabra nace de nuevo y uno la encuentra de nuevo.

2. El diálogo como espacio existencial

PBC: Con respecto al diálogo entre literatura y teología ¿hay que realizarlo desde un canon literario o se puede dialogar con todo lo que se ha escrito?

OGC: Si bien hay un canon que la propia historia va generando, pienso que no debería establecerse teóricamente, porque termina siendo artificial. Es cierto que desde que nuestro amigo Harold Bloom estableció el canon occidental, se podría hablar de canon hispánico, del canon oriental, o del canon anglosajón. Pero yo me pregunto, ¿qué hay de ver-

dad en eso? Lo que hay de verdad es que la vida humana gesta muchas cosas, desde excelencias a excrecencias, y que eso, la historia general lo va decantando. ¿Cuántos pequeños Homeros hubo? No lo sabemos. ¿Cuántos pequeños Virgilio hubo? No sabemos. Han quedado Horacio, Virgilio y Marcial. Por lo tanto cada época histórica, cada generación, cada persona termina estableciendo un canon. Ese género tan admirable como artificial de las “Antologías” es una manera de canonizar. Cada autor va seleccionando lo más granado para él, por razones poéticas generales, por razones personales... Evidentemente si usted me pregunta si yo establecí un canon ¡claro que lo he establecido! Pero no lo decidí antes de empezar, sino que fue sobre la marcha.

PBC: ¿Entonces, cuál sería ese canon personal que fue construyendo en su camino teológico literario?

OGC: En mi caso, tiene mucho de poesía inglesa, que es riquísima, desde John Donne hasta los contemporáneos. Matthew Arnold, por ejemplo; el Cardenal Newman, que no era poeta pero que versificaba en su famosa oración “*Kindly light*” (Luz amable). Los poetas alemanes, claro, desde Herder, Schiller, Hölderlin, Rilke. Pero Rilke me parece un hombre con el que yo, como abulense, como hombre de alta montaña, de luz clara y cristiano, no acabo de sintonizar. Romano Guardini, un gran comentarista suyo, tenía una gran admiración y un rechazo visceral por Thomas Mann y Rilke. Porque a la vez que admiraba su grandeza literaria, descubría su profunda oquedad vital, personal, religiosa. Una especie de ladera del escepticismo, como una fuente de ironía, en el caso de Thomas Mann, y de gnosis moderna en Rilke, en quien hasta lo divino se diluye en lo humano.

PBC: En su libro *Cuatro poetas desde la otra ladera* usted destaca la Encarnación como la categoría que posibilita el diálogo de la teología con la literatura, ¿Es posible el diálogo interdisciplinar también desde otras categorías?

OGC: Para que exista una comunicación con Dios, y entre los hombres, es necesario atravesar por todas las categorías. La categoría de Encarnación se sitúa al final. Antes está la categoría de Revelación, que sería la específica del Antiguo Testamento y es una palabra; luego viene la categoría de Epifanía, que eso sería lo específico de la cultura griega, la manifestación en la voz y en la figura; y luego viene la categoría de Encarnación, que es palabra y figura y drama en la historia real como la nuestra. Por tanto es justamente esta tridimensionalidad del hecho Cristo, que es

Palabra y Figura definitiva de la manifestación de Dios, y que es Cuerpo y Carne en drama de encuentro de libertades y de juego de destino desde la materia al prójimo. Es entonces cuando se da la máxima densidad de autocomunicación de Dios y de autorrealización humana y por tanto es el lugar de mayor posibilidad para el encuentro. Lo resume la cita de Gálatas 4,4: “Cuando llegó la plenitud de los tiempos, Dios envió a su Hijo”. Ahí estamos recogiendo todas estas categorías. La categoría de Encarnación incluye las otras dimensiones porque ofrece la mayor posibilidad para el diálogo.

PBC: ¿Es posible el diálogo interdisciplinar desde otros terrenos de la teología que no son la cristología?

OGC: Por supuesto, pero de todos modos, antes o después, un diálogo de la teología con la literatura, recalca siempre en la cristología, porque no se puede hablar de un Dios definitivamente real si no es el que se ha manifestado en Cristo, ya que las claves para la comprensión del hombre son a la medida en que la da el Verbo Encarnado. Es decir, se puede dialogar con la categoría de Revelación, que es real; con la categoría de Epifanía, que es real; pero ambas tienen su última concreción en la categoría de Encarnación.

PBC: O sea, no es posible ese diálogo en la “animalidad” por ejemplo...

OGC: Efectivamente que la animalidad es la del perro, la del caballo, la del cisne, pero usted ya no puede hablar de “animalidad” si no es la que usted y yo como personas realizamos. Las dos son animalidades, pero no puede decir una palabra definitiva sobre la animalidad a la luz del cisne, del perro y del caballo porque usted sabe que esa animalidad existe también en nosotros, y está trascendida. Y es uno de los casos de la palabra hegeliana “*Aufhebung*”; está no negada, sí superada, retenida en un nivel superior. Por lo tanto, el diálogo entre literatura y teología es posible desde la antropología, desde la teología y desde la escatología.

PBC: ¿Cómo ha influido en su pensamiento Charles Moeller, autor que inicia un nuevo capítulo del diálogo entre teología y literatura?

OGC: Para ser honesto debo decirle que yo leí a Moeller después de haber escrito *Cuatro Poetas*. Claro, yo no era un profesor de literatura como él; él venía de la literatura y luego pasa a la teología. Primero hizo *Humanismo y santidad*, y luego *Literatura del siglo XX y cristianismo*. Yo les leí en fases posteriores a haber escrito mi obra.

PBC: Es decir que Moeller no lo influyó para escribir pero reconoce en él la misma necesidad de trazar un puente entre literatura y teología.

OGC: Claro, yo he recordado ese modelo después de lo que he hecho. Pero debo aclarar que tampoco yo escribí *Cuatro Poetas* porque me propusiera hacer lo mismo; es decir, al final de escribirlo me encontré que había hecho algo en la misma línea que Moeller. Justamente hay ahí un capítulo clásico que es el de Moeller sobre Unamuno, que dice: *Qué distancia real, tan grande la que hay, entre aquella universidad y ésta*.³ Se refiere a los 500 metros que separan la Universidad Pontificia de la Universidad Civil. Unamuno fue rector de la Universidad Civil y visitaba la Pontificia. Yo estuve en ambas, también. Es que en ese momento nos movía la pasión de que en España se llegara al diálogo, a una concordia, a una reconciliación entre Iglesia, sociedad y cultura.

PBC: A usted lo impulsa a escribir la realidad de ese momento de España.

OGC: Yo crezco en Ávila, y teníamos entonces el deseo de que hombres como Ortega y Gasset y don Miguel de Unamuno se encuentren con hombres y mujeres en la Iglesia con quienes puedan dialogar. Era una especie de pasión apostólica de dentro, que cuando yo sea sacerdote, por mí, no quede que no haya un diálogo de este tipo. Todo eso supone conocimiento, estudio, y asimilación de la cultura del país en el que se vive. San Agustín no se plantea comenzar un dialogo cristiano con el platonismo, porque él mismo es platónico, él mismo es cristiano. Y cuando se es, no se hacen programas, se vive.

PBC: Decía que usted también estuvo en ambas universidades, en la católica y la civil.

OGC: En 1978 la Universidad Civil crea la cátedra de teología Domingo de Soto, y me pide que la dirija yo. Y eso hace que yo esté en ambas casas. Le digo esto como un dato de vida, de alguien que hace un camino de ida y vuelta de allá para acá. En Salamanca, hay que vivir mucho para notarlos, todos los muertos están vivos. Están vivos Fray Luis, Francisco de Vitoria, Torres Villaroel, don Miguel de Unamuno. Uno se encuentra sus nombres por la calle, sus paseos, y en alguna forma llega a

3. “Desgraciadamente, los pocos metros que separan la plaza de las Escuelas y la Universidad pontificia jamás habían sido recorridos, ni de un lado ni de otro, en un verdadero esfuerzo por entenderse”, CH. MOELLER, *Literatura del Siglo XX y cristianismo*, IV, *La esperanza en Dios nuestro Padre*, Madrid, Gredos, 1964, 94-95.

verlos. Y uno quisiera acercarse a lo que han sido éstos hombres. Y si en vez de quedarme a 1000 millas de distancia, me quedo sólo a 999, pues, otra cosa es! Y en Salamanca, las grandes creaciones han nacido de la teología por aquello de la añadidura del Reino.

PBC: ¿Salamanca ha orientado su misión teológica?

Exactamente. Yo quiero ser teólogo, todo teólogo y sólo teólogo. Y la palabra es un elemento esencial. Yo soy sacerdote y profesor de teología. Eso se hace en un tiempo, en un contexto, con una prehistoria inmediata y a la vez con ese destino personal e insolidario que es el nombre que Dios le dio a cada uno y que, como dice el Apocalipsis, es el pan con aquella piedrecita blanca que Dios le dará a cada uno de los elegidos con un nombre escrito que sólo conoce el que lo recibe. Entonces, en la propia misión, se conjugan elementos de historia ambiental, de historia temporal concreta y de vocación. Por lo tanto, en ese cauce que es mi vida y mi voluntad de teólogo hay una especie de canales derivativos del agua de mi vida, que llevan libros como el de los Prolegómenos.

PBC: ¿Podría trazar su biografía literaria?

OGC: Primero, en mi vida hay libros puros y duros de teología: *Jesús de Nazaret*, que es mi tesis doctoral. *Teología y antropología en Santo Tomás*; *Jesús de Nazaret, aproximación a la cristología*; la *Cristología*; y los dos tomos de *La entraña del cristianismo*. Hay otros que también son teología en el sentido puro y duro: *La gloria del hombre*, que es una antropología en relación a lo que yo llamaba las dos culturas en desafío en la España en 1974. Hay una escatología narrativa que es *Madre y Muerte*. Mi madre es un pretexto, lo que yo hago allí es una escatología, partiendo de, con ocasión de. Narrando un destino, narro El destino. Hay una teología de la historia que es *Raíz de la esperanza*, en donde me pregunto: ¿es posible esperar para el ser finito? Y a la luz de la historia que hemos vivido después de Nietzsche y de Marx, de Péguy y Marcel, de Laín Entralgo ¿qué sentido tiene la esperanza? Esos son libros todos puros de teología.

Luego, yo soy sacerdote, y parto de la tesis de que ser sacerdote y hacer de sacerdote van correlativos; quien no hace de sacerdote, deja de serlo. Ya sé yo lo del carácter, pero biográfica, antropológicamente, lo que no se ejercita no se es, no se hace, se deshace. Yo he querido mantenerme en comunión con la Iglesia, con los sacerdotes, con la experiencia de la gente. Entonces, hay un tipo de libros, llámese de espiritualidad, llámese, alguien dijo “guía de perplejos”, como *El Elogio de la Encina*. Esos son otro tipo de libros.

Un tercer tipo de libros, es aquellos que ya se refieren a la historia de España concreta, a la que le ha tocado vivir en el último medio siglo, vuelcos de fondo que implican de raíz toda su historia; desde que Recaredo en el año 798 funda el Reino Español, la Unidad de España, la fe católica, hasta el Concilio y la libertad religiosa, y por tanto una separación de todos los órdenes y el giro constitucional del 78. Había que repensar la España, había que discernir las cosas, había que separar. Entonces allí hay toda una serie de libros, el primero del año 70: *Meditación teológica desde España*, luego, *Ética y Religión*, constituido entre el dogmatismo del sistema anterior, a la desmoralización. Otro libro *El poder y la conciencia*, el *Memorial para un educador*, que es un libro sobre el Maestro, *Carta a un profesor amigo*, y el último, *Educación y Educadores*. Bueno, sobre ese fondo, el último que tenemos delante es *Dios*.

Claro si ahora reviso los libros de los años 66, 67, son míos y no son míos. Los releo, sí, pero ése ya no soy yo. Es como la corporeidad. Su corporeidad no es la misma que hace veinte años, y sin embargo usted es el mismo. Entonces surge la pregunta: ¿en qué corporeidad soy yo real?, ¿con qué cuerpo resucito? Y concluyo que soy y seré con las corporeidades que han constituido mi biografía. Por eso mi biografía, porque biográficamente, la biografía es el constituyente de la vida humana en interacción, en sucesión. Es un proceso ininterrumpido, un proceso permanente.

PBC: ¿Podemos reconocer en su biografía literaria un itinerario teológico?

OGC: Mire, yo no sé si como teólogo sé de qué he hablado. Hay explicitudes e implicitudes, hay accesos directos y rodeos, pero no está dicho que la línea recta sea la más corta entre dos puntos. Cuando en el año 2004 recordé con inmenso agradecimiento el día de mi doctorado en la Universidad de Munich, me nació la pregunta ¿de qué habla un teólogo? Santo Tomás dice que la teología habla de Dios y de todas las cosas en la medida que dicen relación a Dios como su principio creador. Pero dentro seguía viva la inquietud, la necesidad de decir: “yo no soy San Agustín, ¡no puedo escribir las Confesiones!” Tampoco soy Santo Tomás como para escribir una Suma. Soy un sacerdote, teólogo del siglo XX, pero escribir una autobiografía o unas confesiones no es apropiado a la sobriedad de un hombre de la cordillera dura y bruta de Gredos y de la tierra de San Juan de la Cruz. En este contexto escribo mi último libro, *Dios*.

PBC: ¿Qué puede adelantarnos respecto de este último libro?

OGC: Este es un libro con una voluntad de verdad, de verdad objetiva, de verdad real, de verdad vivida. Teológicamente Dios no existe “ahí” como la Catedral, el Tormes o esa silla. Existe en la medida en que existe en nosotros, para nosotros y desde nosotros. Y en ese contexto surge este libro que evidentemente resulta extraño porque habla de Dios hoy. Por lo tanto se sitúa un poco en el cierre de mi vida, recogiendo esas perspectivas.

PBC: Y en este horizonte, ¿qué lugar ocupa la poesía?

OGC: Lo de los poetas aparece justamente en la intersección de mi voluntad de palabra verdadera, de un hombre verdadero, dialogando con otros hombres verdaderos que han hablado de Dios, de Cristo, desde una y otra ladera. Yo tengo la convicción de que ellos han tenido una palabra verdadera que yo como teólogo no soy capaz de pronunciar y que necesito. Porque una realidad bella no se atestigua sino por una mediación bella, y por tanto una palabra fea no puede testimoniar a la belleza infinita de Dios. Esa es mi admiración por los poetas. Y además desde la cristología, sabemos que no hay Padre sin Verbo ni hay Verbo sin Padre; esa relación de principio de realidad, me lleva de la indagación de los poetas, a la lectura de la Biblia y a la oración. Porque solo en ese giro, en ese diálogo hermenéutico las cosas son teológicamente verdaderas.

PBC: ¿Qué método utiliza para escribir?

OGC: Olvídense de los métodos, eso es al final. La vida reclama una cierta ingenuidad, hay que vivir sin programar nada. En el idioma alemán hay una frase bellísima: *Gefühl und Geheimnis*, sentimiento y misterio; no sé por qué estoy aquí, yo no elegí venir a Salamanca, no fui a la Real Academia, no he ido a la Universidad, ¿y cómo es que estoy hablando con usted, por qué vino hoy a verme?

PBC: Tampoco yo lo sé, pero aquí estoy...

OGC: En la vida hay dos situaciones: las tareas a las que uno ha ido, sabe a lo que fue, pero resulta que después de haber ido, haber estado y vuelto a casa, se percata que lo decisivo de ese viaje, lo trascendental fue otra cosa, para la que uno ni se había preparado. Cuando vuelve a su lugar de origen o vuelve al fin del camino dice: Fui a tal lugar a esto, pero Dios me llevó hasta allí para esto otro.

PBC: Hace poco le oí decir que uno suele pensar que el de la aldea vecina sabe más que el de la propia, hasta que se da cuenta de que el de la propia aldea sabe lo mismo que el de la vecina.

OGC: Eso lo contaba pensando en por qué un niño de Cardedal, en una España cerrada había ido a estudiar a Alemania. ¿Por qué tenía yo esa ilusión? Pues porque Dios me la puso, ¡qué quiere que le diga! Efectivamente, yo salía de una aldea, una aldea de montaña que tiene unos dos mil habitantes, bueno allí conocía a toda la gente. Luego fui a la capital de provincia y vi la gente que allí vive. Fui a Alemania a estudiar teología y es allí donde pienso: “ahora tengo que entrar yo en juego”. No sé qué hubiera sido de mi vida si no hubiera ido a estudiar allí, si no hubiera vivido esas experiencias, qué hubiera sido de mi fe, de mi sacerdocio. Cuando vuelvo, vuelvo como sacerdote, como hombre ungido, desafiado por Dios y por mí mismo y me digo: “Hombre, donde yo esté, está el misterio de Dios, el misterio de la Iglesia, el misterio del hombre. Ya conozco instrumentos fundamentales para pensar, tengo los elementos para pensar la filosofía, para hacer teología. ¡Ahora los tengo que poner en juego yo! ¡Se acabó!”.

Mi consejo es: no hay que estar fascinado por nada. Por supuesto que hay que formarse, y que las escuelas teológicas están muy bien –la alemana, la francesa, la teología de la liberación– pero hay que animarse a beber del propio pozo, al que llegan aguas de todas las alturas y de todos los neveros.

PBC: ¿Por qué volvió a España y no se quedó en Alemania?

OGC: ¿Y por qué iba yo a quedarme en Alemania? ¿Para que? ¿Para ser un vulgar profesor de quinta mano, con más dinero del que necesito y muriéndome de aburrimiento allí? ¡Hombre, no! Yo nací en España. Volví por respeto a Dios, a mí mismo y a mi patria. Y ya llevo 40 años en Salamanca. El día que llegué aquí, sólo había dos facultades de teología, una en Comillas que era de los jesuitas y ésta que era para el resto de España. Me he encontrado teniendo que hacer por obligación y misión lo que era mi pasión absoluta. Y me dije: “Olegario, ¡se acabó! Pretensiones de nada, aspiraciones a nada ¡y obligaciones de todo!”. Muchos me dicen: “¡Es que tú te has empeinado en la teología!”. ¿Cómo que me he empeinado, si es el encargo que me hicieron? Lo he vivido con gran ilusión y gran pasión, porque era mi vida, y vida sólo se tiene una.

3. La voz de los poetas en la sinfonía de Cristo

PBC: En *Cuatro Poetas*, ¿usted hace una lectura estético-teológica remitiendo a la propuesta de Balthasar?

OGC: No. Es decir, Balthasar construye una teoría. Los autores que estudia están dentro de un horizonte de totalidad: es el segundo tomo del Gloria, que está dentro de la teo estética, que a su vez esta dentro de la teo dramática, que a su vez esta dentro de la teo lógica. Yo no tengo un proyecto global en ese sentido. Quisiera, como profesor de cristología, oír, con-pensar, con-vivir, oír otra palabra sobre Cristo, desde otros puntos de mira, desde otros horizontes. Quiero decir una palabra sobre Cristo, desde una cristología interna y desde una cristología externa; desde la voz del creyente y del perplejo, del dubitativo, del que se acerca, del que está lejos, del que va y del que viene. Quiero hacer una sinfonía de voces sobre Cristo. E integrar esos instrumentos que a lo mejor ellos mismo dicen que no quieren tocar en mi orquesta, en una orquesta dirigida por un teólogo. Yo los invito a venir y a tocar su instrumento en una orquesta que yo dirijo. Para que también mis músicos, acostumbrados a un solo instrumento, perciban que con otro instrumento también se puede tocar la música de Cristo. Que a lo mejor no es su música, pero que es música de Cristo. Y que el misterio de Cristo que tiene esas dimensiones de altura, anchura, profundidad, se refleja ahí. Y con ello, ensancho el horizonte de los teólogos, les arranco la tentación de integrista, y enriquezco. Y cumpla la misión del Concilio Vaticano II cuando dice que la Iglesia tiene tal magnanimidad y apertura que a través de ella “*totius mundi, in Christo, transeat plenitudo*”,⁴ que la plenitud del mundo entero por ella se integre como una alabanza a Dios. Es un acto de “*anakefalaisios*”, de recolección, de recapitulación, de reencabezamiento. Yo me enriquezco con la palabra de ellos y espero que ellos también al oírme a mí se vean enriquecidos. Por lo tanto, el título es rigurosamente exacto: *Prolegómenos para una cristología*. Cristo es un hecho, es una palabra, es una figura, es una idea, es un misterio. Es lo que las Cartas Paulinas dicen. Y al final de mi lectura hago una elaboración de categorías con las cuales, luego de pensar, elaboro una teología estética, narrativa y dramática.

PBC: ¿Y puede describir un método de diálogo interdisciplinar?

OGC: Mire, la cuestión del método es siempre oscura, difícil, sutil. Pero si uno vuelve la mirada hacia la historia, los métodos se elaboran

4. CONCILIO VATICANO II, Constitución dogmática *Lumen gentium*, 17. “Ita autem simul orat et laborat Ecclesia, ut in Populum Dei, Corpus Domini et templum Spiritus Sancti, *totius mundi transeat plenitudo, et in Christo, omnium Capite, reddatur universorum Creatori ac Patri omnis honor et gloria*”. (Así, pues, ora y trabaja a un tiempo la Iglesia para que la totalidad del mundo se incorpore al pueblo de Dios, Cuerpo del Señor, y Templo del Espíritu Santo, y en Cristo. Cabeza de todos, se rinda todo honor y gloria al Creador y Padre Universal). La cursiva es añadida.

siempre después, al final, y se elaboran para otros. Es verdad que uno tiene que tener muy claro lo que quiere, lo que busca, porque si no, no encuentra nada. A Rahner un día le preguntaron: “Padre, ¿qué sistema científico tiene usted y cuál es su nombre?”, Y en ese alemán bronco, adusto, y un poco refunfuñando él contestó: *Ich habe doch keine Methode und ich habe doch kein System!* ¡Yo no tengo método ni sistema! Soy un creyente que quiere creer con honestidad y un cura que quiere predicar con contemporaneidad. Eso está detrás, eso es el empuje vital que a uno le lleva. Luego uno aprende todo lo que hay que aprender y se establece métodos a sí mismo y establece criterios y hace índices y enumera palabras y toma fichas. Pero luego, la articulación es lo que da de sí la materia misma. A la materia no se la puede violentar, a la realidad hay que dejarle con ductilidad que encuentre su propio cauce.

PBC: Entonces, ¿cómo trabaja?

OGC: Me sumerjo y cuando llego a una ósmosis completa, que ya estoy tan mojado que no me cabe nada más, y llego a una desesperación completa en la que ya no sé ni lo que sé ni como ni por donde estoy, me pongo a redactar. Hombre, lo escribo, lo doy a copiar, lo corrijo, luego voy a las pruebas... Usted sabe que yo en eso tengo una malísima fama. Uno de mis grandes amigos aquí, don Ramón Trevijano, dice: “con Olegario hay que tener cuidado. ¡Le das una prueba de un artículo y te hace un libro!”. Él era director de *Salmanticensis*, me mandaba las pruebas de los artículos hasta que una vez arrancó todos los añadidos, todas las correcciones y me dijo: “Pruebas son pruebas, no es otro libro”. Es decir que yo voy creciendo con el libro y el libro va creciendo conmigo y lo tengo entre mis manos como si no estuviera hecho, hasta que me llaman los editores.

PBC: Como Borges, usted podría corregir los textos infinitamente.

GC: Yo no me tengo ningún respeto a mí mismo, y no me voy a idolizar, y si lo que he escrito antes no vale, ¡pues no vale! Y si encuentro un adjetivo mejor, lo cambio. Es que la escritura es un insospechado de un adjetivo encontrándose con un sustantivo y eso no se puede determinar vagamente. Yo por otro lado escribo también de oído, es decir, los textos tienen que tener un ritmo, no se puede escribir ni decir cualquier cosa. Hay un juego de lo que se llama *strengendesbegriffe*, el rigor del concepto y la musicalidad de las palabras, la forma. Todo eso se va dando. Yo nunca jamás lo pensé, nunca jamás lo supe, pero esa connaturalización con la palabra, con la frase bella, va naciendo por la lectura de textos, por

la convivencia con los autores, por lo que te da el texto, es decir: cuando yo escribo este primer párrafo del prólogo de mi último libro, cuando ya he escrito un libro y no sé qué título poner y doy vueltas, y pienso ¿pero cómo voy a poner ese título? Entonces, saco un párrafo de la manga, que redacto catorce veces y lo planto en el pórtico del libro. El Prólogo:

“Esta divina palabra, Dios, no la podemos olvidar, ni asegurar como propiedad, ni usar como moneda de cambio para el gasto diario. Tampoco podemos callarla, ni dejarla en vacío, ni arrojarla contra el prójimo. Tenemos que devolverle su peso y su luz, su lumbre y su gracia, porque ella sigue siendo santa y santificadora a pesar de haber sido manchada y ensangrentada por los hombres. Ha habitado en tantos corazones justos, ha suscitado tanto amor y esperanza, tanta paz y justicia que al proferirla vienen sobre nosotros como olas bienhechoras, toda la verdad y la compasión, todas las flores y frutos que han brotado de su seno. Nuestra primera tarea es recuperarla para invocar con amor y estremecimiento”.

¿Ve? Un ejemplo de una afirmación donde yo quiero decir que sé, que sé la ingenuidad que es poner esta palabra, pero que también sé que tiene tal poder y santidad posibles que aun habiendo sido ensangrentada puede santificar, y aun habiendo sido ensuciada puede limpiar. Eso es un juego de idea, de palabra que vas labrando, que viene rodando, y ése es el método.

PBC: Entonces su método es tener una vida verdadera, un pensamiento profundo y un compromiso con lo que uno hace.

OGC: Es igual que el camino de la vida; uno tiene que saber a dónde va, qué quiere, porqué lo hace, a quién quiere servir, dónde quiere poner su vida, dónde hay temor, dónde está mi hogar, dónde está el peso de mi existencia. Eso crea vida, crea instintos, crea fuerza, crea libertad. Es a la vez drama y proyecto, porque si no sería una construcción mecánica.

PBC: Para encarar un diálogo con la literatura uno tiene que tener bien en claro dónde está y a dónde quiere ir; pero también desde la teología hay que exponerse a que algo se modifique dentro de uno, y que uno pueda modificar algo del otro. ¿Esto le ha sucedido?

OGC: Sí. En la vida uno va caminando y se va encontrando, va ofreciendo amistad y recibiendo amistad, va ofreciendo y recibiendo amor, ofreciendo y recibiendo palabra, y ese es un misterioso intercambio donde no sabría decir cuándo ni porqué, en un momento uno sabe que ha cambiado. Y que hay una plasticidad de la materia que se deja moldear, que hace crecer, que planta en el otro y que recibe del otro. Yo le podría decir, si usted me pregunta si ha habido ese moldeamiento, esa madura-

ción, esa profundización, esa alteración de la palabra le diría que sí. Honestamente, si me pregunta si ha habido cambios bruscos, saltos hacia adentro, le diría que no. Yo no soy un converso, no he descubierto una noche la luna, yo he ido viviendo. Y agradezco a Dios el que me haya guiado, pues eso me lo dio mi formación personal y espiritual en Ávila, la que me permite que la teología en Alemania no me desnorte, ni me lleve a abismos como a muchos de mis colegas. De tal forma que mi presupuesto de Ávila es lo que me hace posible la recepción de una teología enriquecedora; y la teología de Alemania me hace posible una lectura de la mística, de la espiritualidad sacerdotal, mucho más amplia.

PBC: ¿Qué frutos ha tenido en usted el diálogo con la cultura?

OGC: El diálogo con la cultura me hace ver muchas más cosas que la teología. Desde la teología soy capaz de provocar a la cultura, a niveles que ella por sí misma no ha llegado. Aunque, hay autores que me dejan fuera de juego. Nietzsche es uno de ellos, esos que te ponen en el borde mismo del misterio, donde la inteligencia es más deslumbradora, tanto que te ciega y termina confundiéndonos. Donde no tienes razones del mismo nivel teórico, demostrativo e intelectual que ellos, y sin embargo te tienes a ti mismo, y tu vida delante de Dios. Tienes ese instinto primario de la verdad que hace que la locura no pueda ser el final, como ha sido el caso de Nietzsche. Y que la soledad y el silencio en San Juan de la Cruz sea más genial y más profundo. Un hombre a quien sólo conocen los cuatro monasterios de carmelitas descalzos con los que vive y lo desconoce el resto del mundo.

4. Cristo en la mirada poética

PBC: En el capítulo final de *Cuatro Poetas*, Oscar Wilde representa la mirada estética, Richter la narración y Unamuno el drama. Y Machado no está incluido en la elaboración de las nuevas categorías. ¿Por qué razón no lo incluyó en las conclusiones?

OGC: Sí, es una muy buena interpretación. ¿Sabe lo que pasa? Machado es un poeta genial, pero no es cristiano. Porque él ha conocido sólo al Cristo de los gitanos, siempre por desenclavar, al Cristo de la Saeta. Hay un texto mío, que se llama *Tres navidades, el mito, la historia, el misterio*, en el cual incluyo una bellísima descripción de la Encarnación que hace Machado:

*Oh! Fe del meditando
Oh! Fe después del pensar.
Solo si viene un corazón al mundo
Rebosa el vaso humano
Y se hincha el mar.*

¡Es maravilloso! Describe la ilusión del hombre, la vida humana, el acrecentamiento absoluto. Pero él quizás haya conocido algo de Cristo en Bergson, y ha adquirido una profundidad, pero lo propiamente cristiano no aparece. Es sospecha, es columbrar, pero nada más que eso. En ese sentido es el menos denso de los autores. Con él sí es posible un diálogo con la religión, con la experiencia humana, pero no es lo mismo que sucede con los otros tres, quienes han hablado explícitamente de Cristo con un peso vital, personal, existencial.

PBC: La propuesta sobre Richter que usted hace en el libro es muy original, le debemos el que nos haya devuelto a este poeta, restaurado, al campo de la cultura.

OGC: Ahí hay toda una polémica contra toda esa gente, Nietzsche y el tema del ateísmo. Y Jean Paul es el primero, en ese desafío a los grandes de la ilustración, que todavía son creyentes, pero casi dejan de serlo, que ya casi son ateos pero no se atreven a serlo del todo; que les ofrece un espejo de su fealdad: “Eso son ustedes si de verdad lo que comienzan a decir fuera verdad”. Entonces hace a Cristo sujeto del ateísmo para hacer sentir la soledad absoluta. Y sirve para desenmascarar la farsa de Mme. De Staël y de toda la inteligencia francesa-española que cuando sabe algo es algo que ha leído al lado del Sena y que ha sido propuesto más allá del Rhyn. ¡Pero no, hombre! ¡Eso no es un manifiesto del ateísmo! No todos comparten mi tesis.

PBC: Por ejemplo, ¿qué clase de crítica de su obra ha recibido?

OGC: La más notable es la del P. Tilliette. Él es un sacerdote francés que, respecto a la cristología filosófica, vendría a ser lo que estos autores son respecto a la cristología literaria. Resulta que yo, un pobre e ingenuo español, en ese libro, puse, o se me pasó en una nota marginal, o al pie del texto, una afirmación según la cual dije: “Tengo la impresión de que el P. Tilliette no ha leído directamente del alemán el texto de Richter, y que repite afirmaciones tópicas”.⁵ Entonces mis amigos de la *Commu-*

nio francesa dijeron: ¡este libro se lo tenemos que llevar al P. Tilliette! Y él se topa con esa nota. Entonces hace una reseña, ya que le molesta inmensamente que un insignificante español, que un curruto español le diga que no parece haber leído el texto en alemán. ¡A él, al gran especialista en el idealismo alemán! ¡El gran especialista de Schelling!

PBC: ¿Y qué criticó?

OGC: Es una reseña muy curiosa, es una delicia de buena educación, de querer halagar el libro y no querer halagarlo. En un momento dice que mi interpretación de Kant es absolutamente ingenua. Él quiere decir que el libro es bueno, pero está con la herida abierta.⁶

PBC: Y de Unamuno, ¿qué valoración crítica podría ofrecernos?

OGC: Creo que *La agonía del cristianismo* es el mejor título para el peor libro de todos. Y que además no es suyo, se lo da Jean Cazou en Francia, y el pobre don Miguel, que está en París, desesperado y sin dinero, recoge cuatro artículos absolutamente insignificantes y malísimos y se publica. En cambio, *Del sentimiento trágico de la vida de los hombres y de los pueblos* es un libro muy bueno. Él ha escrito su obra como voluntad de resolver los problemas en clave filosófica en ese libro, y con voluntad de resolverlos en clave poética ha escrito *El Cristo de Velásquez* y lo ha hecho con una lectura bíblica absolutamente admirable. Eso está ahí, por eso lo elijo para que lo lean los teólogos. Y hacia afuera, dan ganas de gritarle a la cultura española: ¡Oigan! Lo que quiso ser Don Miguel, por lo que quiso ser reconocido, fue por ser poeta. Por lo tanto demosle la palabra. Oigámoslo. Y eso lo hice yo con un poema que dada la ignorancia teológica y religiosa del mundo literario español, nadie se había atrevido a entrar a fondo, y se había quedado ahí, un poco como el arpa de Becquer, “*del salón en el ángulo oscuro*”... Yo quise serenar hacia adentro de la Iglesia las cuestiones, objetivándolas y luego hacia el mundo de la literatura sacar un tema que está ahí, y también mostrar posibilidades expresivas para la cristología. Es verdad que es un texto muy duro, los endecasílabos blancos esos, no tienen la inmediatez del poema que se queda. Pero tiene una gran riqueza verbal. En un prólogo, él denostaba la rima, el “tan-tan africano” la llama. Yo pienso que cuando al concepto se le une sonido es la gloria de la poesía. Pero en eso, Unamuno se queda corto.

5. La frase de la nota al pie dice textualmente: “Este último autor (Tilliette) hace alusiones permanentes al *Sueño* de Jean Paul, pero siempre de manera vaga e imprecisa, sin percatarse del problema de fondo, ya que no parece haber leído el original”. Cf. C.P. p. 261, en nota 25.

6. X. TILLETTE, “Le Christ de la philosophie et le Christ de la poésie (d’après un ouvrage d’O. González de Cardedal)”, *Communio* XXII, 2-3 (1997).

PBC: Sin embargo, tiene un vocabulario infinito, crea palabras...

OGC: Él es un genio absoluto, conoce la filosofía, conoce la literatura, conoce todas las lenguas europeas, ha leído todo lo humano y lo divino, lo religioso, la mística, ¡todo! Y cuando llega a las palabras, aflora todo, es de una riqueza maravillosa. Ha tenido una experiencia y una vida dramática, extraña, compleja. Muere su padre, se suicida, no sabemos si lo ve suicidarse. Eso hace que don Miguel quede niño hasta el final, débil y tembloroso. Tanto que su mujer es la que decide en su vida, la que lleva la casa, la que lleva los hijos, la que lo sostiene. Y para él, ¡vamos!, lo que diga Concha es Palabra de Dios. ¿Cómo puede ser tan grande y al mismo tiempo ser un niño? Él mismo cuenta su propia historia, y la cuenta en varios sitios, en el drama, en la novela, en el cuento y en la carta a los amigos. Cuando tiene una crisis de desesperación en la cama por la noche y Concha lo abraza y le dice ¡Hijo mío! Y él se calma como si ella fuera su madre. Ha sido para mí una gracia dialogar con un hombre así, paso delante de su estatua y de su universidad. He tenido que leer a Harnack y a todos los que ha leído él. Él ha leído todo cuanto llegaba a sus manos, pero fuera de contexto, esa es la verdad, sin saber qué estaba pasando allí. Y un libro es fruto de una tierra. A él le caían los libros en las manos y así los leía.

PBC: En la casa rectoral tomé nota de la cantidad de libros de autores argentinos que hay en su biblioteca.

OGC: ¡Claro! Por supuesto, allí hay varias monografías sobre la cultura argentina. He leído la novela argentina, portuguesa, francesa, inglesa, italiana...

PBC: Es notable el lugar que usted le dedica a las biografías.

OGC: Hay un libro mío, *El poder y la conciencia*, que trata de retratos de diez hombres de España. Por supuesto hay un retrato de Ortega, de Unamuno, de Torrente Ballester, del Cardenal Tarancón, de Alfonso Querejazu, de un poeta catalán, Salvador Espriú, de un pastor de mi pueblo, trashumante. Hay ahí esbozos menores, diez retratos de personajes. Es un aspecto que a mí me ha gustado mucho, porque he comprobado que la vida y el pensamiento son inseparables.

PBC: ¿Por qué optó por un genio tan controvertido como Oscar Wilde?

OGC: Es extraño, ¿no? que un cura se anime a incluir en su obra a un sodomita, correr el riesgo de que la gente se sonría. Pero hay otras co-

sas. Su destino suscitó que lo incluyera. Cuando un hombre está en la cárcel con un Nuevo Testamento en griego, y cuando desde ese destino escribe esas páginas sobre Cristo, ahí pasa algo. ¡Esas páginas que tiene sobre Cristo entre los poetas! Él ve a Cristo como un poeta que pertenece a la historia universal como Shakespeare, Tolstoi u Homero. Y es verdad, pues sólo con tres parábolas de Lucas, es como para pasar a la historia Universal! La parábola del buen Samaritano, la del Hijo Pródigo, tienen una grandeza excepcional. ¡Es que una parábola es inagotable! Cada hombre que la lee la revive. ¡En cada situación puede interpretarse de nuevo! Es mucho más que un sistema. Un sistema está cerrado, ¡una parábola esta abierta! Y eso también lo vio don Miguel de Unamuno: *...en verdes pedruscos de conceptos / parábolas vivas nos dejaste...*

Diciendo claro, que Cristo se haga cercano y que entable un diálogo con un preso. Claro, la palabra de Oscar Wilde con Cristo en el fondo es una palabra de Cristo con Oscar Wilde. Y luego hago esa interpretación de la presencia de Cristo en los cuatro niveles de la palabra: Cristo es el ahorcado de aquella tarde, soy yo que tendría que haber sido ahorcado, somos todos y es el mismo Cristo que está entre los pobres.

Hombre, mire, algunos me dicen: “Olegario, eso no lo dicen los autores”. Quizás no lo hayan dicho, ¡quizás se los hago decir yo y ya verás cómo se alegran!

PBC: Aquí llegamos a un punto fundamental, ¿usted les hace decir lo que no dicen o expresa de un modo nuevo lo que ellos, de algún modo, están buscando decir?

OGC: Esto requiere una definición mucho más general: ¿qué es un libro? Un libro no es una piedra, un libro es una realidad abierta, no concluida, pendiente de un lector. No hay libro sin lector. Y en teología hablamos de un autor y de un lector inspirado. Por lo tanto, como afirmación general de teoría de la literatura, ¿qué es un libro?, ¿cuál es su naturaleza? Está concluido en el pasado, está en un presente y también en el futuro. Cuestiones muy de fondo. Probablemente a usted le ha llegado una afirmación clásica de San Gregorio el Grande: *Sacra scriptura cum legente crescit* y en otro lugar dice *sacra eloquia cum meditante crescent*, que significa: la Sagrada Escritura crece con el que la lee. Añada a eso toda la teoría de Gadamer sobre la *Wirkungsgeschichte*, la historia de los efectos de la transmisión, etc., etc. Si usted coge la exégesis contemporánea, los mejores exégetas en toda interpretación de las perícopas o de los evangelios, siempre hay un capítulo de *Wirkungsgeschichte*, historia de la

interpretación, de la recepción y de los efectos, que estas palabras han tenido y que pertenecen a ellos. La repercusión de Jesucristo en la Historia como persona modifica su ser, porque Él despliega su ser. Por lo tanto, lo que leemos hoy en el Quijote, ¿es lo mismo que escribió don Miguel de Cervantes? En un sentido es todo igual y en otro sentido no tiene nada que ver. Eso hago yo, es decir, yo paso sus libros por mi alma y paso mi alma por sus libros y lo que resulta es mi libro. La vida de Don Quijote y Sancho que escribe don Miguel de Unamuno, ¿es don Quijote y Sancho de don Miguel de Cervantes? En un sentido no, pero en un sentido es el mejor Cervantes. Bien, claro, hay una cuestión, dicho esto para mi defensa, abierta a la crítica. Y es que si finalmente el lector ve una pura introyección o un puro concordismo, eso no funciona, pero si es válido cuando el lector encuentra un florecer desde dentro que le hace llegar a lugares donde su autor no pudo llegar. Porque lo que el Evangelio de San Juan pone en boca de Cristo, es que el Espíritu “os hará descubrir la plenitud de la verdad en palabras que ahora os digo y que no podéis comprender todavía”. El libro va mas allá objetivamente que la inmediatez de lo que el autor dice explícitamente, porque el autor primero usa unas palabras y detrás de cada una de las palabras que escribe hay un universo. Él, probablemente, las cierra en un segmento significativo, pero la palabra, integrada en esa estructura, lleva consigo todo lo que ella es. Cuando entra en el universo de otro lector despliega objetivamente esas posibilidades. En ese sentido yo acepto y reclamo que se me haga una crítica. Ese principio general que yo he enunciado, lo aplico y funciona con objetividad y honestidad. No es un ejercicio de puro concordismo, pura traslación violenta, pura aplicación apologética. Ésa es la cuestión.

PBC: El riesgo en este tipo de lectura es considerar a la literatura como subsidiaria de la teología.

OGC: Exacto. Pero no es así. La literatura no es un mero instrumento, no es sólo una moraleja ilustrativa. No, es algo más. La literatura es un lugar, en ese sentido, teológico. Prácticamente y entre comillas, porque hay que matizar mucho para hacer esa afirmación. Pero sí, constatamos que la literatura es un lugar donde la divina verdad y el infinito amor que es Dios, se nos da y se nos descubre. No hay que hacer lecturas funcionales ni ideológicas de la poesía. Hay que hacer lecturas reales, biográficas y de fondo. Y sobre esa marcha ir buscando un método de diálogo, de corrección, un método de correlación y las preguntas van de un lado a otro y las iluminaciones van de un lado a otro.

PBC: ¿Y qué deberían tener en cuenta quienes quieran profundizar el diálogo entre literatura y teología?

OGC: En primer lugar llevar una vida personal, religiosa, madurada, orientada a Dios hacia su mediación. Mediación hace a la inmediatez, a la Iglesia que es sacramento, que es Palabra, que es misericordia, que es perdón. Si eso no se tiene, la jerga técnica sola no sirve. En ese caso nos sucede lo que decía Machado: “Decidme hermanos, esta Iglesia de Dios ¿guarda algo dentro?” Esa terminología acerca al lector a la percepción viva de la realidad y eso, por lo tanto, la vida es lo primero. La densidad personal, religiosa, es el primer y último peldaño para que haya una palabra verdadera. Allí crece una palabra descriptiva, narrativa, analítica, interrogativa. Segundo, hay que leer con un inmenso respeto y magnanimidad a los autores, en su contexto, en su intención, en su singularidad. Hay que darles crédito, hay que dejarles hablar, hay que dar un respiro al ateo, al agnóstico, al increyente, al pecador, que son ellos y somos nosotros, no hay que atezarlos, no hay que llevarles a juicio el primer día que uno se los encuentra. Mire, hay que tener en cuenta qué implicitudes y explicitudes cristianas hay en cada obra. Y en tercer lugar hay que recoger sus preguntas, preguntas a veces lejanas, rechazos, la experiencia de un amor herido, de una ilusión quebrada, de una incapacidad para llegar. En cuarto lugar, hay que ser libre y con la misma libertad hay que ponerlo al borde de él mismo. Y es ese reto interno del uno al otro el que al final hace la fecundidad del diálogo. Por tanto en primer lugar la persona está en juego, segundo magnanimidad y libertad en la lectura, tercero la aceptación de preguntas y cuarto ejercitación de preguntas. Luego también, en ese contexto hay que ser conscientes de que uno está situado en un marco geográfico, biográfico y teológico que hace posibles unas preguntas y hace imposibles otras. Porque hay que ser consciente también de los límites que uno tiene y en la medida en que uno ensancha su horizonte, más capacidad tiene. Porque mire, en medio de todo eso, cuando se hace un libro, uno termina haciendo al prójimo las preguntas que uno tiene, dialogando con el prójimo sobre las cuestiones que uno tiene en el fondo de su alma. Y allí es cuando ejercita ese triángulo hermenéutico: este poeta, este teólogo y yo, que no sé si soy un poeta o un teólogo. Es en ese triángulo hermenéutico donde encontrará la fecundidad.

PBC: El diálogo, entonces, es condición para la fecundidad.

OGC: Si esos tres son protagonistas del acto literario que usted va a realizar, su libro vale la pena. Ahora, si sólo va a enumerar textos de uno

junto a textos de otro, eso lo puede hacer un ordenador, lo pone en un diskette y ya. En este sentido, este tipo de trabajos requiere una labor exacta, pesada, y científica, y cuando ha hecho todo eso puede decir su propia palabra. Esto sucede en toda tesis doctoral. Lo que esta en juego es la ejercitación de su vida personal. Ese es el primer objetivo que hay que lograr. Si vale la pena y alguien lo quiere publicar, se publica, si no, ha cumplido la primera misión, y es que usted se ha puesto en juego, ensanchó su horizonte, adquirió nuevos ojos, y hay cosas que ya no serán posibles en su vida, y hay otras que le parecerán despreciables o gloriosas y objetivas a las que ya nunca podrá renunciar.

5. El lugar de la literatura en la cristología

PBC: “El aporte de la literatura al pensamiento de Olegario González de Cardedal en su libro Cuatro poetas desde la otra ladera” ¿Le parece correcto el título de mi tesis?

OGC: Claro que sí. Debería aclarar que el marco de pensamiento de ese libro es la cultura, la historia y a la conexión entre vida y verdad. Ése es mi punto de partida. La verdad no está en el aire, no existe en abstracto; la verdad existe en la historia. Dios existe en el tiempo, Jesucristo es contemporáneo de cada generación y hay una sintonía de palabras, que un teólogo tiene que integrar en la orquesta.

PBC: En el capítulo I, pienso presentar a los actores: a usted, Olegario, y a cada poeta. Y en el II, su diálogo con cada uno de ellos.

OGC: Los más cercanos son Unamuno y Machado. Machado es el alumno, casi el oyente de don Miguel, entonces queda en segundo plano. Comparte las preocupaciones, pero las de fondo son las de don Miguel y hay un contexto de horizontes. Oscar Wilde nada que ver y Richter, menos todavía. Ellos me hicieron pasar a habitar en otro continente, a hablar otra lengua, a poner en juego otros recursos de mi propia vida y de la teología.

PBC: Entonces, ¿qué es lo que congrega a los cuatro poetas?

OGC: Los convoca en primer lugar que para mí los cuatro son una *preparatio* evangélica. Ésta es la fórmula clásica de San Agustín y de Eusebio de Cesárea. Además, dan voz al hombre que yo soy, yo en el mundo, delante de mí mismo, delante de Dios y delante de Cristo. Y en tercer lugar, porque una vez que yo me he sentido así expresado y formula-

do en esa radical primariedad de la vida humana que es ser hombre en el mundo con palabra, al final, el teólogo que yo soy, prolonga, ensancha con esos altavoces la voz que yo quiero proferir sobre Cristo. Y así cuando los he interpretado y los he invitado a hablar conmigo, les he pedido que si se quieren sumar a la sinfonía eclesial de los hombres que recuerdan, que alaban, que aman y que esperan en Cristo. Eso es lo que me ha llevado. Y desde ahí, en último lugar he discernido unas categorías con las cuales ahora yo voy a elaborar una cristología más rica, más densa, más compleja, menos escolar, menos escolástica, más religiosa, más verdadera y más bella.

No sé si todo esto es verdad, que quiere que le diga, ¡yo lo hice!

PBC: El capítulo III de mi tesis sería “El camino de la belleza. Transformación de un lenguaje”.

OGC: Mi intuición es que el contacto con estos autores genera otro lenguaje. Si usted mira la historia de la teología hay muchas formas de ser teólogo. No hay teología, hay teólogos. Yo siempre he pensado por polos. Entre San Agustín y Santo Tomás, ¿quién es más teólogo? Siempre hubo una discusión sin sentido y, al mismo tiempo, necesaria. San Agustín es un teólogo genial, no es sistemático, tiene una belleza, una verdad, una intensidad religiosa admirable. Sin las Confesiones, sin el Comentario a San Juan, la teología no sería lo mismo. Y ¿cómo es la obra de Santo Tomás? Es de una admirable sobriedad, una brevedad envidiable y una sistematización perfecta. La lucidez del concepto, la organización de las cosas, la división de los términos, la definición. Para que aquello no se difumine en niebla vacía tiene que salir sistema y definición, pero el sistema y la definición deben tener alma. Por eso Santo Tomás tiene miles, pero miles de citas de San Agustín integradas en un sistema. Y si hablamos de Lutero y la escolástica salmantina del XVI, es lo mismo. La vuelta a la palabra, la exégesis, la vuelta a la poesía popular que en España son Fray Luis y San Juan de la Cruz, y por otro lado la teología escolástica de Vitoria, Báñez, Caro, Medina, Soto. Y si hablamos del siglo XX, podemos elegir los dos polos: Rahner y Balthasar. Mire en la filosofía española, hay filósofos sistemáticos como Ortega. El no escribe un manual de metafísica, y tiene el mejor lenguaje en prosa fuera de los literatos. Y Zubiri, que es sistemático puro y duro y tiene unas definiciones y unas formulas exactas. Sto. Tomas es un genio del sistema y del concepto. San Agustín es un genio de la palabra. Ortega es un genio de la palabra, de la belleza, del pensamiento. Zubiri es un genio de la definición y el sistema.

PBC: Hemos llegado al final de las preguntas. Quiero agradecerle su tiempo, su dedicación y sobre todo el habernos puesto en contacto con el alma y la voz de los poetas que celebran a Cristo en la Belleza de sus palabras e imágenes.

OGC: Bueno, ése ha sido mi impulso vital al escribir los prolegómenos. Usted me ha invitado a poner en palabras intuiciones de fondo que quizás no había llegado a formular con claridad. Ahora nos aguarda el desafío de continuar el apasionante diálogo de la Iglesia con el mundo y forjar un nuevo lenguaje sobre Dios para los hombres de nuestro tiempo.

PEDRO BAYA CASAL

20.01.05 / 20.12.06